



Misterios Gozosos

Maite Conesa

Hay vidas a las que, si te asomas mucho, acabas cayéndote. Sus dueños notan la proximidad de su abismo, pero no son capaces de dar un paso atrás. Se atraen entre sí con resultados inciertos; pero, casi siempre, su paso suele dejar una muesca en el corazón. Luis Buñuel y una aristócrata argentina se asomaron a los miradores de sus vidas y saltaron al vacío. Se dejaron llevar por su *joie de vivre* en los primeros años 30 y nos han dejado el testimonio de sus cartas, conservadas durante cincuenta años, entre sus cosas más personales, por el cineasta aragonés.

Querido Luis, hablo tanto contigo que
me parece inútil escribirte. Estoy en mi
cabina, la lluvia. Todo lo que toca eres tú.
Tengo mandos de Lisboa, y todo lo que huelo
eres tú, y me voy al puente arriba, al sol,
porque no puedo tomar tanto frío.
Nos acercamos al trópico, estoy mal en
forma de esta humedad pesada, caliente
Anoche nos fuimos al Hippodrome a París.
Una enorme tralla en el cielo con un
chico apujerito de luz. Un marinero (que
me parece a ti) te saludaba con fuego rojo en
la mano, y cuando se acabó el fuego, con
el puño cerrado.
Este barco está lleno de señoras con medias y
se escandalizan porque ando con la espalda des-
nuda; de marineros que tratan de tocarme pa-
rer de mí estas brechas, de alumnos de inglés
entre todo eso, un Perriano del apra (y un
admirador de Aragón) de otros amigos nuestros.
Mi vida consistió en nadar en la piscina con
mucho miedo, dos salvavidas, en estar todo el
día al aire jugando a todos los juegos, en ir a un
journario o a donde puedes quitarte exactamente
en el sitio que quieras la praca que te molesta,
hacer kilómetros en bicicleta para arreglar la
pierrez (est te encantaría), en bailar alguna
noche con un vendedor de caballos.
Con este régimen (no tollo una que "tonic water"
el cuerpo se pone fuerte y la piel lustrada y
es como si lo fueras a ver tú. Luis.

ya hemos pasado 0 grado, mañana llega-
mos a París. Sigue el calor, los juegos, los bañi-
os, los bailes en el último puente con una lluvia
muy pequeña que te impresiona porque la
tienes justo encima de la cabeza.
Luis, tengo muchos ascos de mí y mucho
dolor y mucha tristeza. Quiero contarte cuando
te ven, como estas noches, leyendo cartas estas
a René que me dió un hermano, me he encor-
trado delante de alguien que no voy go. Hay un
ser violentamente uno mismo, no hay que
borrarse, no porque se haga uno tanto, (toda
las disciplinas son buenas) pero porque es una
complicidad, es inhumano, lleva a probar todo.
Sé que tú eres tú mismo en cada momento,
aunque los "momentos" varien, y por eso eres
una maravillosa persona que llega a establecer
un contacto, que seas secreto, que tenga a veces
la impresión contigo de estar jugando con dinamita
hace que te necesite como algo esencial, y
(no te indignes) parecido a mí. Pero tengo
pocas exigencias, Luis. Cuenta mucho el haber
hablado contigo alguna vez, de cierto modo
cuenta que te gustan dos o tres cosas tanto como
me gustan a mí. Que quieras hacer Walties
Heights. (Sabes que tú debías hacer Heathcliff?)
Nunca te he dicho que te parecías.)
Este parecido es más bien en la intensidad
que en la forma, y me sé go, tal vez en la
forma misma, puesto que la tuja es secreta
"Good night Luis darling. You're the
top, you're the tower of Pisa, you're the
smile in the Mona-Lisa." ota

No cabe duda de que Buñuel amó y fue amado. Recuerda en sus memorias su actitud hacia este sentimiento: «en la época de nuestra juventud el amor nos parecía un sentimiento poderoso, capaz de transformar una vida. El deseo sexual, que le era inseparable, se acompañaba de un espíritu de aproximación, de conquista y de participación que debía elevarnos por encima de lo meramente material y hacernos capaces de grandes cosas.

Una de las encuestas surrealistas más célebres comenzaba con esta pregunta: «¿Qué esperanza pone usted en el amor?». Yo respondía: «si amo, toda la esperanza. Si no amo, ninguna». Amar nos parecía indispensable para la vida, para toda acción, para todo pensamiento, para toda búsqueda».

Esta potente máquina de transformar los sentimientos y la realidad, evocada así desde su edad octogenaria, nunca dejó de moverse por su vida. En París, en 1926, comenzó su noviazgo con Jeanne Rucar, su compañera, su esposa, la madre de sus hijos, con quien edificó la férrea e inexpugnable construcción de su vida en pareja, de su hogar. Su encuentro en el estudio del pintor Joaquín Peinado, amigo del también pintor Manuel Ángeles Ortiz y Paco García Lorca, lo recuerda Jeanne como un flechazo. Buñuel se impresionó con la belleza de esta joven de 18 años, pretendida por un vizconde en la Toscana y pedida en matrimonio por un hijo de los príncipes de Camboya, que años después sería su mujer. Jeanne recuerda en sus memorias, a propósito de este primer contacto: «yo, vizcondesa y princesa, terminé muy feliz siendo la cocinera de Luis Buñuel». Se casaron en 1934, después

de un largo pulso de Jeanne con el cineasta, reacio como pocos a cambiar su estado civil. Después de la comida de celebración se marchó en tren a Madrid, donde vivió solo, hasta que su mujer y su primer hijo, Juan Luis, llegaron para quedarse a mediados de 1935.

Durante este tiempo en el que trabaja en Madrid, Buñuel recibió esta carta:

Querido Luis: hablo tanto contigo que me parece inútil escribirte. Estoy en mi cabina y la llenas. Todo lo que toco eres tú. Tengo nardos de Lisboa, y todo lo que huelo eres tú, y me voy al puente arriba, porque no puedo tomar tanto Luis.

Nos acercamos al trópico y estoy mal, enferma de esta humedad pesada y caliente. Anoche nos pasó el zeppelin yendo a Río. Una enorme ballena en el cielo con muchos agujeritos de luz. Un marinero (que se parece a ti) lo saludaba con fuego rojo en la mano, y cuando se acabó el fuego, con el puño cerrado.

Este barco está lleno de *señoras* con medias que se escandalizan porque ando con la espalda desnuda, de brasileiros que tratan de tocarte para ver de qué estás hecha, de alemanes, de ingleses y un peruano del APRA gran admirador de Aragon y de otros amigos nuestros. Mi vida consiste en nadar en la piscina con mucho miedo y dos salvavidas, en estar todo el día al aire jugando a todos los juegos, en ir a un gimnasio OK donde puedes quitarte exactamente en el sitio que quieras la grasa que te molesta y hacer kilómetros en bicicleta para arreglarte las piernas (y esto te encantaría) y en bailar alguna noche con un vendedor de caballos.

Con este régimen (no bebo más que «tonic water») el cuerpo se pone fuerte y la piel lustrosa y es como si lo fueras a ver tú, Luis.

Ya hemos pasado O grado y mañana llegaremos a Río. Sigue el calor, los juegos, los baños y los bailes en el último puente con una luna muy pequeña que te impresiona porque la tienes justo encima de la cabeza.

Luis tengo mucho asco de mí y mucho dolor y mucha tristeza. Quiero contarte cuando te vea, como estas noches, leyendo cartas mías a René que me dio su hermana, me he encontrado delante de alguien que no soy yo. Hay que ser violentamente uno mismo, no hay que borrarse, no porque se haga uno daño (todas las disciplinas son buenas) pero porque es una complicidad y es inmoral y lleva a podrir todo.

Sé que tú eres tú mismo en cada momento, aunque

los «momentos» varíen, por eso eres una rarísima persona que llega a establecer un contacto, que seas secreto y que tenga a veces la impresión contigo de estar jugando con dinamita hace que te necesite como algo esencial y (no te indignes) parecido a mí. Pero tengo pocas exigencias, Luis. Cuenta mucho el haber hablado contigo alguna vez, de cierto modo. Cuenta que te gusten dos o tres cosas tanto como me gustan a mí —que quieras hacer *Wuthering Neights*— sabes que *tú* deberías hacer *Neatheriff?* (*Heathcliff*) (...) te he dicho que te parecías. Este parecido es más bien en la intensidad que en la forma, y que sé yo, tal vez en la forma misma, puesto que la tuya es *secreta*.

Goodnight Luis darling. «You are the tops, the tower of Pisa, you are the smile of Monna Lisa». Tota

Es Tota Cuevas quien firma esta carta, quien le recuerda su amor y admiración y le narra sus tribulaciones. En esta líneas, sin fecha, está toda la filosofía de una época, de un modo de vida en el que el escenario común fue París. A la ciudad siempre la enriquecieron el alma tantos recién llegados; los artistas que lo convulsionaron, «con el más importante movimiento colectivo del siglo», lo hicieron durante las décadas de los 20 y los 30. Por sus calles, sus librerías, sus hoteles, palacetes o galerías se pasearon los súbditos de la *ciudad femenina*. Breton escribió su *Manifiesto*

en 1924 y en torno a él —porque era imposible no quererle, como afirmó Aragon— se consolidó el grupo surrealista. En este documento refleja su filosofía creativa como «el automatismo psíquico puro por el que pretendemos expresar, sea oralmente, sea por escrito, sea de cualquier otra forma, el funcionamiento real del pensamiento. Es el dictado del pensamiento, con ausencia de cualquier control ejercido por la razón, lejos de toda preocupación estética o moral».

En esta carta se cuenta el viaje en trasatlántico, con las alucinaciones propias del calor asfixiante del trópico, el sol en cubierta, el mareo y el balanceo de la nave que produce ese estado de duermevela en el que el surrealismo basó su credo. La potencia de las imágenes es evidente: es el zepelín una enorme ballena en el cielo con muchos agujeritos de luz, le hace señales desde el mar un marinero con fuego rojo en la mano y todo lo embriaga el aroma de los nardos portugueses.

Del ambiente onírico que produce el barco, al plano inevitable de la realidad de los sentimientos: primero la culpabilidad por el amor perdido, René Crevel; después, el deseo manifiesto por el nuevo amante, por la experiencia nueva, secreta y arriesgada. Tota compartió con el poeta surrealista los últimos años de su vida, desde 1931. Comenzaron entonces sus viajes por distintas ciudades francesas y europeas, vinculadas a la actividad intelectual y literaria de Crevel y a la estancia prolongada en sanatorios para aliviar su cada vez más incurable tuberculosis. Pasa días en la casa de Tota en Biarritz, viaja a Austria, Praga, Cadaqués... aumenta de manera absorbente su producción escrita y sus conferencias con Breton, Eluard, o Dalí. En el verano de 1934 viaja con ella a Amsterdam y Baviera. En abril de 1935 va a España con Luis Buñuel. Vuelve a París y, después de fracasar su mediación en la polémica entre surrealistas y comunistas encabezada por Breton, de conocer que su estado de salud es irreversible y de escribir una carta para Tota, se suicida en su apartamento la noche del 17 al 18 de junio.

Con Buñuel compartió, además de esta pérdida, amor y gustos afines y la ansiedad de verse separados siempre por la distancia, por sus obligaciones familiares, por sus propias vidas. El placer prohibido es «dinamita» para ella, la necesidad esencial y el pedirle disculpas por compararse con él, en la línea de sometimiento al todopoderoso y cautivador hombre y genio que le dispensaron las mujeres que lo amaron. Pone pocas exigencias a su relación y cuenta, de nuevo, como vínculo importante entre ellos, el compartir

proyectos juntos. El director llevaría al cine, en 1953, «Cumbres borrascosas» con el título «Abismos de pasión».

No sabemos si Buñuel contestó esta carta, pero sí que la guardó hasta su muerte, junto con otras que forman un especial legado epistolar custodiado por la Filmoteca Española. «No hay pensamiento sin palabras», reza el credo surrealista, y por ello es probable que Buñuel contestara, porque para el grupo la vida no se puede entender sin la escritura. «Amar y soñar, sí, pero conjugando los verbos con los ojos abiertos. «¡Hagamos el esfuerzo, por lo menos, de practicar la poesía!», continúa el *Manifiesto*.

Desconocemos las palabras de Buñuel, pero en su carácter de caballero *avant-garde* con modales privados del XIX, cabe perfectamente otro pensamiento de esta estética: el mito de la mujer fue el centro de la obra surrealista. Transformadas por sus dedos, sus colores, sus palabras o sus imágenes en criaturas maravillosas aquellas mujeres que les rodearon, en muchos casos no sólo fueron musas sino también creadoras. Y algo más importante para la supervivencia y alimento de tanto espíritu creativo: sus mecenas, confiadas e intuitivas.

Les sedujeron las mujeres jóvenes y bellas que pisaban con pie seguro los salones de la aristocracia europea, las conferencias y los cafés de las tertulias del grupo. En sus sueños creativos sobre el lienzo y en sus poemas las vistieron de fieras, de astros, de luz, de madre naturaleza, de eternas púberes... las convirtieron en personajes de su imaginación. Tota fue la mujer deseo, cultivada, viajera... como el agua a la sed. En el otro extremo, también muy en las inclinaciones surrealistas, la mujer sufrida, esposa, con la familia a su cargo, oculta a casi todos los ojos ajenos al hogar. Que tenía que pedir permiso para ausentarse unas horas de casa, que no recibía visitas de vecinas, amigas o amigos, que no compartía la vida social de su marido, ni por supuesto sus proyectos profesionales, sobre los que nunca se le pedía opinión. Oculta la esposa, oculta la amante durante los años que mantuvieron su relación, con encuentros en Madrid, París o Biarritz, todo fue tan celosamente guardado como Buñuel deseó, con misterio y con gozo. En algún punto de sus vidas, Tota y Buñuel dejaron de verse. Tras el torrente de emociones, imágenes, evocaciones, sentimientos, avatares, sensaciones, olores y amor en estado puro de sus palabras, llegó la calma; con la sensación, como se despidió Tota, de que «aunque no nos encontremos, nos hemos encontrado».